

muy puntiagudo y afilado por ambos lados que había comprado en París. Fué condenado como parricida y sacrilego, y el verdugo le atenazó las carnes con un hierro candente, le quemó la mano derecha, le rompió á golpes de barra de hierro los brazos, los muslos y las piernas, y lo tendió en la rueda boca arriba para que allí viviese el tiempo que á Dios pluguiera.

A pesar del rigor de su justicia el rey no se sentía suficientemente protegido. Inmediatamente después de la ceremonia de Saint-Denis, había enviado al papa á su mayordomo de palacio Brochard de La Cielle para anunciar al Padre Santo su abjuración y su voluntad de perseverar en la fe católica. El papa Clemente VIII era presa de grandes escrúpulos, pasiones y temores: temía á los españoles que le amenazaban, para el caso que cediera, con impedir la llegada de los trigos de Sicilia y hacer padecer hambre á los romanos; no estimaba seguras ni la sinceridad ni la duración de la conversión; y estaba indignado porque la Iglesia galicana había tomado la iniciativa de la absolución, con menosprecio de sus derechos soberanos. Sin embargo, en el fondo de su alma, experimentaba gran alegría por un acontecimiento favorable para la nación francesa, feliz para el catolicismo y ardientemente deseado por los príncipes italianos que necesitaban una Francia unida y fuerte para contrabalancear el poder de España.

Indeciso por naturaleza y en aquellas circunstancias solicitado por contrarios impulsos, hizo decir al duque de Nevers, que acompañaba á La Cielle, que no podía ni quería recibir á un embajador del rey de Francia; no obstante lo cual consintió en recibirle á él, que era un Gonzaga, por su calidad de príncipe italiano (noviembre de 1593). Concedióle varias audiencias, pero se mostró inflexible, negándose á admitir la validez de la absolución dada en Saint-Denis, porque siendo el pontífice el único que podía atar y desatar, el acto de los prelados franceses era un atentado á los derechos de la Santa Sede. El duque de Nevers, arrojado á sus pies, le suplicaba invocando el interés del reino y de la Iglesia; el papa no ocultaba su emoción, mas no por esto cedía, y el duque, descorazonado, salió de Roma el 14 de enero de 1594.

Los emisarios de Mayenne y de la Liga, el cardenal de Joyeuse, el barón de Senecey y el abad de Orbais, fueron los que impulsaron el asunto de la absolución (febrero-marzo de 1594). Después de las primeras defecciones que hacían prever tantas otras, los jefes de la Liga habían comprendido que era preciso apresurarse á negociar con el rey si querían defender los intereses del catolicismo y los suyos propios, y en su consecuencia enviaron una diputación á Roma para suplicar á Clemente VIII que interpusiera sus buenos oficios. A él tocaba negociar la paz: «Si ésta no se hace con la autoridad del papa, en provecho de todos, decía Senecey, cada cual firmará una particular, como ya lo han hecho muchos.» El papa, con tal que no esperara la disolución de la Liga, podría fijar á su perdón un precio elevado y pedir á Enrique IV, en el tratado que se firmase, que relevara á sus súbditos del juramento de fidelidad, si volvía á caer en la herejía, saliendo España y Roma fiadoras de este compromiso solemne.

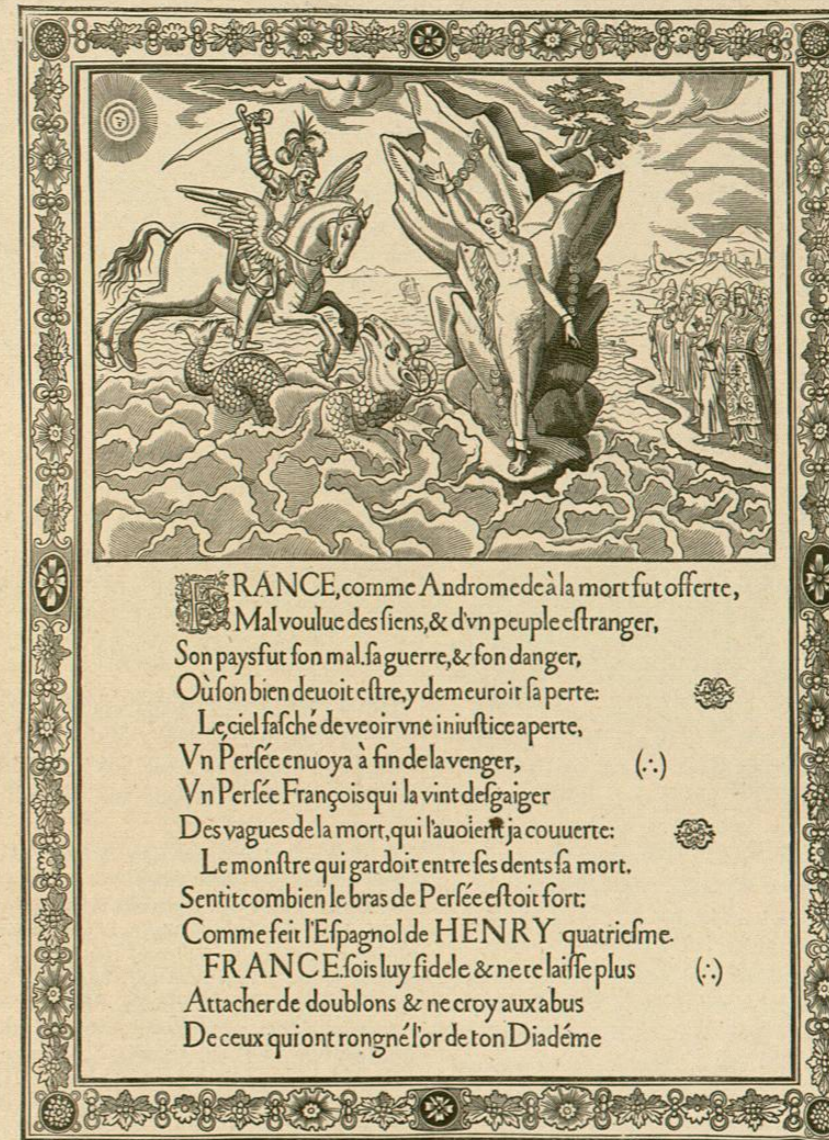
Estos consejos inesperados produjeron viva impresión en el papa, quien mostró entonces disposiciones

más conciliadoras. Enrique IV estaba dispuesto á hacer una nueva tentativa, pero antes de enviar un embajador á Roma quería tener la seguridad del éxito. Un antiguo secretario de Pablo de Foix, el padre Ossat, á quien la reina madre, Luisa de Lorena, había enviado á Roma para solicitar la rehabilitación de Enrique III, asesino del cardenal de Guisa, fué el agente secreto encargado de preparar el terreno. Clemente VIII habría querido tratar para todo el partido liguista, hacer intervenir á España en el acuerdo y unir las dos potencias católicas contra los herejes y contra el Turco; pero Enrique IV se negaba á someter los asuntos interiores del reino á la intervención de un soberano extranjero, quería conservar sus alianzas y rechazaba en absoluto la pretensión que formulaba el papa, en contra del derecho hereditario, de conferirle con la absolución el derecho de reinar. Ossat supo conseguir hábilmente que la Curia romana cediera en estos puntos; en agosto de 1594, las condiciones del acuerdo estaban fijadas, y en el mes de octubre, el obispo de Evreux, Du Perrón, fué designado para trasladarse á Roma y tratar allí el asunto de la absolución. Las negociaciones iban por buen camino cuando surgió un obstáculo imprevisto.

Los galicanos no perdonaban á los ultramontanos las doctrinas ni los actos de la Liga, y entre las órdenes religiosas comprometidas en las últimas revueltas, había una que les era particularmente odiosa por sus orígenes españoles y por su lealtad absoluta á la Santa Sede, la de los Jesuitas, á la cual achacaban casi exclusivamente las responsabilidades en que, tanto como ellos, habían incurrido los Carmelitas, los Capuchinos, los Fuldenses y los Dominicos. Los odios que en sus comienzos había inspirado la Compañía de Jesús se habían aumentado con los rencores, las cóleras y las pasiones de las últimas guerras, y sus adversarios le atribuían un papel que no guardaba relación con los medios de que disponía. De todos modos, no se apresuraba á reconocer á Enrique IV como rey legítimo, ni á rogar por él ni á pedir perdón por el pasado, esperando para someterse que hablara el papa. Otros agravios había contra los jesuitas: eran hábiles y eran dichosos; sus éxitos en la predicación y en la enseñanza les habían creado muchos enemigos, y mientras la Universidad salía casi arruinada de aquellos largos disturbios y veía desiertos sus colegios y dispersos sus estudiantes y sus profesores, sus rivales habían seguido prosperando. No habían suspendido sus cursos ni siquiera durante el sitio de París: apoyados por ricos patronos, no reclamaban retribución alguna y hacían una competencia temible á los pobres doctores y regentes, obligados á hacerse pagar sus lecciones. No es, pues, de extrañar que la que dirigiera el ataque contra ellos fuese la Universidad, la cual, un mes después de la sumisión de París, encargó á su rector, Jacobo de Amboise, que pidiera al Parlamento la expulsión de la Orden. El abogado que se brindó á defender su causa, Antonio Arnaud, es el antepasado de esa familia que ha dado al jansenismo y á la Iglesia de Francia la madre Angélica y el gran Arnaud, y á su ardiente elocuencia juntaba todas las pasiones de un galicano y de un realista. Su defensa fué un largo grito de cólera contra aquella sociedad detestada á la que achacó todos

los complots, atentados y crímenes de la Liga, y en ella atacó duramente su perversa enseñanza que educaba á las generaciones en el odio al soberano legítimo y preconizaba el regicidio como un deber. ¿Acaso no había sido en sus casas de Lyon y de París en donde Barrie-

El 27 de diciembre de 1594, Enrique IV, de regreso de una excursión en Normandía, habíase detenido en el palacio Schomberg, en donde vivía Gabriela de Estreés; los cortesanos rendíanle á porfía sus homenajes, y en el momento en que se inclinaba para hacer levanta-



Alegoría política: el Bearnés librando á Francia, facsímile de una estampa publicada en 1594

re había encontrado los inspiradores de su detestable parricidio? «¡Tienda de Satán, exclamaba el orador, en donde se han fraguado todos los asesinatos ejecutados ó intentados en Europa de cuarenta años á esta parte, verdaderos sucesores de los Arsacidas ó asesinos!»

La sentencia del Parlamento no respondió ni á lo que esperaba la Universidad, ni acaso siquiera á los sentimientos de los jueces. Los protectores de los jesuitas, Nevers, Gondi, el cardenal de La Rochefoucauld, el procurador general La Guesle y el abogado general Seguier intervinieron en su favor, y quién sabe si el Parlamento no quiso dificultar las negociaciones entre el rey y la Santa Sede. El día 6 de septiembre de 1594 dictó un fallo que equivalía á un aplazamiento indefinido del asunto. Los jesuitas se creían salvados y, sin embargo, nunca habían estado más cerca de su ruina.

tar á dos hidalgos que hincaban la rodilla y le besaban el muslo, sintió un dolor agudo en el labio superior. Cerráronse inmediatamente las puertas y se encontró el cuchillo ensangrentado. Entre aquella muchedumbre de visitantes había un joven á quien nadie conocía y que se turbó al ser interrogado; era el asesino, que se llamaba Juan Chatel, era hijo de un mercader de paños de París y hacía siete meses que había salido del colegio de Clermont en donde había estudiado con los jesuitas. Encargóse al Parlamento que le formara proceso, y puesto en la tortura sostuvo enérgicamente que no tenía cómplices y que él solo había concebido el proyecto de homicidio, y refirió que, habiendo caído en abominables impurezas y desesperando de su salvación, había querido mediante una buena obra (así hablaba del asesinato del rey) rebajar su tiempo de expiación en

el otro mundo. Los jueces le preguntaron «dónde había aprendido aquella teología nueva,» á lo que él respondió «que por la filosofía.» ¿Y dónde y por quién esta filosofía le había sido enseñada?—En el Colegio de Clermont y por el padre Gueret, con quien había estado dos meses y medio. Había oído decir en muchos sitios, incluso entre los jesuitas, «que era permitido matar al rey, que éste se hallaba fuera de la Iglesia y que no debía obedecerse ni considerarse como rey hasta que fuese aprobado por el papa.»

Todo el mundo recordaba aún la vigorosa declamación de Arnaud, y las acusaciones de éste parecían confirmadas por los hechos. Los comisarios del Parlamento que visitaron el Colegio de Clermont encontraron entre los papeles de uno de los religiosos, el padre Guignard, antiguos escritos en los que éste calificaba á Enrique IV de zorro de Bearn y se lamentaba de que el día de San Bartolomé no se le hubiese despachado como á los demás hugonotes; asimismo glorificaba el acto de Jacobo Clement. Estas doctrinas concordaban tan bien con las declaraciones de Chatel, que el Parlamento se sentía inclinado á castigar á los profesores del regicida y á toda la orden. Chatel fué descuartizado por cuatro caballos (29 de diciembre), el padre Guignard ahorcado y el padre Gueret desterrado. Los curas y escolares del Colegio de Clermont, «y todos los demás que se decían de dicha Sociedad, «fueron desterrados de París y del reino» como corruptores de la juventud, perturbadores del sosiego público y enemigos del rey y del Estado.»

La condena de los jesuitas causó en Roma emoción profunda. El partido español hizo todos los esfuerzos imaginables para excitar las pasiones y hubo un momento en que De Ossat temió que las negociaciones quedasen rotas; pero más que el resentimiento pudo el interés del catolicismo y de Italia y el papa volvió á apaciguarse. Por otra parte, Enrique IV ponía el mayor cuidado en suavizar el golpe, no forzando la mano á los parlamentos de Burdeos y de Tolosa, que se negaban á ejecutar la sentencia del de París, pues le interesaba demasiado reconciliarse con el Sumo Pontífice.

Du Perrón y De Ossat, sus procuradores en la Curia romana, recibieron el encargo de presentar á Clemente VIII (las declaraciones y excusas) y de suplicarle que otorgara su santa bendición y su absolución soberana» (10 de mayo de 1595).

El papa ordenó que se hicieran procesiones á las que asistió descalzo, imploró la luz divina, y al fin, el día 30 de agosto, declaró en consistorio que concedía la absolución bajo ciertas condiciones, á saber: que el rey reconocería la insuficiencia de la absolución de Saint-Denis, haría publicar el Concilio de Trento, restablecería el catolicismo en el Bearn y conferiría los cargos del Estado con preferencia á los católicos. Du Perrón y De Ossat suscribieron todas estas cláusulas. Clemente VIII sabía perfectamente que la mayor parte de estas exigencias no podían ejecutarse, á lo menos en mucho tiempo; de aquí que no se negara á dar anticipadamente la absolución; en el fondo, lo único que le importaba era anular la ceremonia de Saint-Denis para castigar el orgullo de la Iglesia galicana.

El 17 de septiembre (1595) comparecieron ante el papa, que estaba sentado en un trono y rodeado de la

corte pontificia y de los embajadores de Saboya, Ferrara y Venecia, los procuradores del rey de Francia que en nombre de éste iban á humillarse. Pasaron por entre una doble fila de penitenciaros y, prosternándose á los pies del papa, renegaron de la absolución de Saint-Denis é imploraron la única verdadera, la del Sumo Pontífice. Entonces Clemente VIII cogió una vara y con ella golpeó los hombros de los dos penitentes arrojados, quedando con esto consumada la reconciliación de Enrique IV con la Curia romana. El honor era para el papa que había humillado á la Iglesia galicana y al rey cristianísimo; pero esta penitencia, sufrida por procuración, quedaba compensada con importantes ventajas. Aun después de la abjuración y de la coronación, las doctrinas de la Liga seguían siendo temibles y la derrota del partido no había acabado con todo el trastorno moral que se desarrollara en el furor de la resistencia. Para pacificar las almas y terminar la conquista de su reino, Enrique IV necesitaba el perdón pontificio.

CAPITULO VIII

GUERRA CONTRA ESPAÑA (I)

I. Nuevo carácter de la lucha. — II. Los últimos ligueros. — III. La paz de Vervins. — IV. Cambios en Europa

I.—Nuevo carácter de la lucha

Hasta entonces España había obrado solamente como auxiliar de la Liga; y aunque en realidad era demasiado poderosa para que los jefes de la Santa Unión pudiesen ser otra cosa que sus subordinados, de dere-

(1) FUENTES: *Lettres missives de Henri IV*, IV. *Mémoire historique concernant la négociation de la paix traitée à Vervins l'an 1598*, París, 1667, 2 vol. *Mémoires de la Ligue*, VI. *Archives curieuses*, XIII. *Discours de Sancy sur l'occurrence de ses affaires*, «Mémoires d'Etat» de Villeroy, 1665, III. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824-1825, VI-IX. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*. Sully, *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat... de Henry le Grand* (1638). *Mémoires de Cheverny*, Mich, y Pouj., 1.^a serie, X. *Mémoires de Guillaume de Saulx-Tavannes*, 1550-1595, id., 1.^a serie, VIII. De Thou, XII y XIII. D'Aubigné, *Histoire universelle*, IX. Matthieu, *Histoire de Henri III*. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, 1644, II. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II rey de España*, 1877. Antonio de Herrera, *Historia... de los sucesos de Francia*, 1598. Coloma, *Las guerras de los Estados Baxos desde el anno de 1588 hasta el de 1599*, Amberes, 1625. *Histoire de Bretagne*, de D. Morice y D. Taillandier, tomo II, 1756, y *Mémoire pour servir de preuves à l'histoire de Bretagne*, tomo III. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 1.^a parte. (Mayer), *Des Etats-Généraux et autres assembles Nationales*, XVI. Poirson, *Mémoires et documents nouveaux relatifs à l'histoire de France à la fin du XVI^e siècle*, 1868.

OBRAS DE CONSULTA: Poirson, *Histoire de Henri IV*, II. Formerón, *Philippe II*, IV. Mourin, *La Réforme et la Ligue en Anjou*, 1856. Gregoire, *La Ligue en Bretagne*. Dufayard, *Lesdiguières*. E. Rott, *Histoire de la représentation diplomatique de la France auprès des cantons suisses, de leurs alliés et de leurs confédérés*, II (1559-1610), Berna y París, 1902. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*. Laffleur de Kermaingant, *L'ambassade de France en Angleterre sous Henri IV*. Mission de Jean de Thumery, intr., 1886. El mismo, *Pièces justificatives*, 1886. Prevost-Paradol, *Elisabeth et Henri IV*, 1595-1598, 1862. Picot, *Histoire des Etats Généraux*, 2.^a ed., IV. J. Lothrop Motley, *History of the United Netherlands*, La Haya, 1887, III. Baudrillart, *La politique de Henri IV en Allemagne*, «Rev. des Quest. hist.», XXXVII, abril de 1885.

cho no parecía combatir por su propia cuenta. Enrique IV, dueño de París y de la mayor parte del reino, y seguro de su reconciliación con la Santa Sede, transformó la guerra civil en guerra nacional; y en la Declaración de 17 de enero (1595), que mandó hacer «á son de trompa y á grito público en las provincias y fronteras del reino,» decía que estaba resuelto á combatir en lo sucesivo al rey de España por tierra y por mar, á fin de vengarse de los agravios, ofensas é injurias que de él recibía.

Envió al duque de Bouillon contra el Luxemburgo y mandó invadir el Franco-Condado por las tropas lorenesas que había tomado á su servicio, y probablemente contaba con el feliz éxito de este doble ataque para cortar en dos sitios la vía militar que desde el Milanesado conducía á los Países Bajos y obligar á las tropas españolas á dar un gran rodeo por Suiza y Alemania. Mientras D'Haussonville y Tremblecourt con los auxiliares loreneses se apoderaban de Vesoul, Birón, en Borgoña, apoyaba con un pequeño ejército las empresas del partido realista y ocupaba una de las plazas fuertes del gran feudo de Mayenne, socorriendo á los habitantes de Beaune que habían expulsado á su guarnición liguera y apoderándose del castillo después de un sitio de tres meses (5 de febrero). Su presencia alentó la defección de Nuits y de Autún. Senecey entregó Auxonne, y Dijón, la capital de la provincia, sólo por el terror se mantenía fiel á la Liga. El rey se disponía á ir en persona á Borgoña y citaba, para reunirse allí con ellas, á las fuerzas que Montmorency, nombrado condestable, le llevaba de su gobierno del Langüedoc; pero los progresos del duque de Nemours impidieron el movimiento de concentración. Nemours se había evadido del castillo de Pierre-Encize, en donde le habían encerrado los lyoneses, y con 3.000 suizos que le envió el duque de Saboya recorría el Beaujolais, el Forez y el Lyonnais, teniendo como plaza de armas Vienne, que le guardaba el paso del Ródano. Montmorency interrumpió su marcha y se aprovechó de la ausencia de Nemours para ocupar Vienne y las ciudades de Thoissey, Feurs y Montbrison (23 de abril), yendo luego á tomar y fortificar Montluel á fin de cerrar el paso al duque de Saboya. Estas victorias de los realistas quebrantaron á Nemours, que murió minado por la fiebre y por el dolor (15 de agosto de 1595).

El condestable de Castilla, Velasco, gobernador del Milanesado, había pasado los Alpes y acudido en auxilio del Franco Condado; su ejército, compuesto de 3.000 caballos y 15.000 infantes, rechazó á los loreneses y encerró á Tremblecourt en Vesoul, en donde poco tiempo después capituló. Mayenne reunióse con los españoles, quienes, por consejo suyo, atravesaron el Saona con objeto de ocupar Dijón que amenazaba escaparse de las manos del duque. En efecto, los dijoneses habían tomado las armas en favor del rey, y Birón, á quien pidieron ayuda, había acorralado la guarnición liguera en el castillo y obligado al vizconde de Tavannes á encerrarse en Talant; Enrique IV, enterado de la sublevación de aquéllos y de los movimientos de Velasco, llegó á marchas forzadas y resolvió no esperar el ataque de los españoles delante de la ciudad, sino dificultar su avance á fin de que sus propias tropas tuvieran tiempo de apoderarse del castillo. Así fué que salió de Dijón el 5 de junio, á las cuatro de la madrugada, con 1.000

caballos y 500 arcabuceros montados; pero al llegar á Lux adelantóse con algunos centenares de jinetes y se dirigió rápidamente á Fontaine-Française, en donde dió cita al grueso de su ejército. D'Haussonville y sus loreneses avanzaron para explorar la posición de los españoles, y todavía no estaba el rey en Fontaine-Française cuando ya le señalaron la presencia de fuerzas enemigas. Birón, que partió con su compañía para efectuar un reconocimiento, puso en fuga á sesenta jinetes que estaban apostados en una colina más allá de Fontaine y llegó á tiempo para recoger á D'Haussonville y á sus exploradores á quienes acosaban muy de cerca dos ó trescientos jinetes. La escasa importancia numérica de



Nacimiento de la Liga.

Facsimile de una caricatura publicada en 1594.

aquellos destacamentos engañó á Birón, el cual, creyendo que sólo tenía que habérselas con exploradores, mandó á decir al rey que se le juntara para atacarles; mas apenas había enviado este mensaje, vió surgir á lo lejos las hileras de picas del ejército español.

Entonces se replegó, pero fué perseguido por la tropa que había acosado á D'Haussonville y por otro escuadrón de 500 hombres. El barón de Lux, que con veinte soldados cubría la retirada, hubo de hacer frente al enemigo, tuvo cuatro muertos y fué derribado del caballo; Birón, que volvió atrás para socorrerle, fué vigorosamente rechazado, recibiendo una cuchillada en la nuca; y una compañía que en su auxilio envió el rey, tuvo miedo y huyó. Sólo la firme actitud del escuadrón real pudo contener á los perseguidores. El peligro que corría Enrique IV era grande: las tropas de las cuales se había separado en Lux no se le habían juntado todavía; únicamente había llegado una compañía, y en cambio aumentaban á ojos vistas las fuerzas españolas. A la caballería que había derrotado á Birón se le habían unido cinco escuadrones, y al propio tiempo aparecía Mayenne con 300 caballos. Aun era posible la fuga y los que acompañaban al rey le aconsejaban que se retirase; pero Enrique no quiso retroceder. Los franceses eran uno contra cinco y sólo una loca valentía podía salvarles; sin embargo, este milagro se realizó.